

CARRACEDO EN EL SIGLO XVI

DR. SERAFIN BODELON,
Universidad de Oviedo.

Cuando en 1500 Don Clemente de Toledo se hace cargo de la abadía de Carracedo, el monasterio había perdido mucho de su viejo esplendor. Desde el siglo XIV Carracedo había estado en manos de abades comendatarios, “esa peste que arruinó los monasterios que cayeron en sus manos”, al decir de Cocheril. Uno de los más célebres gobernantes de Carracedo durante la encomienda fue Don Álvaro de Osorio, que gobernó Carracedo durante veinte años a fines del XIV; de él escribe Yepes: “dio muchos fueros a personas principales, que hoy día la casa no goza de las haciendas, abuso de aquellos siglos, encomendarse las abadías a abades seglares comendatarios”¹.

En 1501 Fray Pedro de Carrascosa sucedió a Don Clemente de Toledo al frente de Carracedo. Fue éste el primer abad no comendatario; “en esta ocasión se comenzó a vivir en Carracedo conforme a la nueva reformación de las casas de Castilla”, señala Yepes². Con Fray Pedro Carrascosa se inician ante Roma los trámites para regirse legalmente según las normas de la orden reformada de Castilla. La autorización papal para integrar a Carracedo en la orden de Castilla, llegó en 1505 por Bula pontificia de Julio II. Hubo, pues, un vacío legal de cuatro años, un compás de espera en el que Carracedo no depende de nadie, pero intenta integrarse en Castilla. Castilla fue “una nueva edad de oro para el Císter español”, escribió Cocheril, quien del fundador, Martín de Vargas³, puntualiza: “Intentó levantar las ruinas de su país. Sufrió todo lo que es posible padecer. Pero lo consiguió”. Con similar tesón Fray Pedro de Carrascosa formula su solicitud a Roma, apoyándose en hechos consumados. Muerto Clemente de Toledo, último comendatario, le sucede ya un “fray”, según costumbre de la orden reformada de Castilla. Fray Pedro de Carrascosa rememora el caos económico de la abadía y el deterioro de la vida espiritual bajo los abades comendatarios⁴.

Se pretende así lograr la aquiescencia papal ante los hechos consumados: desde 1501 Santa María de Carracedo, *de facto*, se rige por las normas reformadas de Martín de Vargas de Montesión. Cuando llega la autorización papal en 1505, es ya abad en Carracedo, no vitalicio, sino trienal, Fray Gabriel Cabeza de Vaca. Con este abad la abadía comienza a reorganizar su actividad económica; su vida espiritual y cultural cobra notable impulso. El anterior caos económico comendatario había incluso acrecentado el deterioro y derrumbe de ciertas partes del cenobio, que resultaba inexorable reparar, para evitar males mayores. Se reorganizan los prioratos y se ponen en marcha nuevas granjas; pronto incluso se inician obras, claro indicio de la recuperación económica de la abadía. Fray Gabriel Cabeza de Vaca encargó un nuevo retablo para el altar mayor, que fue sustituido por otro en el siglo siguiente.

Carracedo es la casa número veintiséis entre las que se unieron a la observancia reformada de la orden de Castilla⁵, de un total de cuarenta y un monasterios con que

llegó a contar la congregación. En el momento de la integración de Carracedo en 1505 era superior en la casa Fray Honorato, despensero Fray Fabián de León y otros miembros de la casa eran Fray Bautista de Salaya, Fray Rodrigo de Limpías, Fray Pedro de Attieta, como impulsores principales de la inclusión de Carracedo en la orden reformada de Castilla⁶. Claro indicio del ansia de recuperación económica en Carracedo es el pleito entablado entre el abad Gabriel Cabeza de Vaca y el municipio de Ponferrada; se litigaba por la posesión de la dehesa del Fabero, un bosque de setenta kilómetros cuadrados rico en pastos, robles y encinas; todavía en nuestra infancia conocimos ese bosque, al que denominábamos “El Encinal”; fue roturado por el Instituto Nacional de Colonización en los años cincuenta del presente siglo, cuando se construyó el pantano de Bárcena; hoy aquel añejo bosque son hermosas huertas, teñidas del verde esmeralda de manzanos y perales. Carracedo consideraba tal bosque donación de Vermudo II, fundador del cenobio, como es sabido en el año 990 -y no deseo entrar ahora en la discusión de si fue en el 990 ó en el 992 la tal fundación-. Pero Ponferrada aseguraba que la dehesa del Fabero era una donación de Isabel la Católica, al fundar en dicha villa el afamado Hospital de la Reina, que aún subsiste hoy en el casco antiguo de la ciudad berciana. No hubo solución legal a tal conflicto durante más de tres siglos; la resolución final llegó en 1830, cuando ya llamaba a las puertas la desamortización con sus ansias depredadoras.

Entre 1524 y 1535 rige los destinos de Santa María de Carracedo Don Fray Esteban de Morerueta. Es característico de Carracedo que sus abades lleven el “Don” y el “Fray”; el “Fray”, como en el resto de la orden reformada de Castilla; el “Don”, porque tal denominación aparece en los documentos medievales carracetenses, siguiendo la recomendación de la regla de San Benito, como recuerda Yepes⁷. En esa época el villafranquino D. Pedro Álvarez de Toledo es virrey de Nápoles; con tan poderosa influencia adquiere rango de colegiata la iglesia mayor de Villafranca, otrora posesión de Cluny en el Camino de Santiago a dos leguas de Carracedo. Bajo el gobierno de Don Fray Esteban de Morerueta la economía monacal resurgió y se restableció totalmente; en no menor grado destacó el florecimiento espiritual de la abadía. A él se debe la actual sacristía cuadrada y muy espaciosa, con bóveda de crucería de piedra que data de 1533, como evoca José María Quadrado en *Recuerdos y bellezas de España*. El refectorio con hermosa nave de tres bóvedas comienza sus obras en este momento brillante, así como el claustro principal con sus veinticuatro arcos, de ojiva unos y otros de medio punto. Es también de este momento, y de neto sabor renacentista, la hoy ruinosa escalinata que asciende hacia el archivo.

El éxito de la gestión de Esteban de Morerueta obtuvo su recompensa, al ser nombrado Reformador General de la Congregación de Castilla. Al restablecimiento económico y espiritual en tiempos de este abad alude claramente Bronseval, quien visitó Carracedo, acompañando, en calidad de secretario, a Dom Edme de Saulieu, abad de Claraval. La comitiva de Dom Edme era de ocho personas: tres cistercienses, un sacerdote secular, un cocinero, un palafrenero, un paje y un ayudante de cámara. Cocheril publicó por vez primera el relato de tal viaje con texto latino y versión francesa con amplios comentarios a la llamada *Peregrinatio Hispanica*⁸. Tal viaje tenía por misión realizar una visita pastoral regular a los monasterios cistercienses. Bronseval tomaba nota, día a día, a lo largo de dicho viaje. La historia del manuscrito con el relato de Bronseval ha sido recordada por Bataillon en el prólogo de la edición de Cocheril. En junio de 1532 la comitiva de Dom Edme, tras entrevistarse con la emperatriz en Medina del Campo, sale en dirección hacia Galicia. Para Claraval el objetivo más

importante de dicho viaje era poner coto a la expansión de la Congregación de Castilla⁹ en España y anudar los vínculos con la casa madre francesa.

El diecisiete de junio llega la comitiva de Dom Edme a Carracedo y el secretario Bronseval escribe: Carracedo “a causa de las encomiendas anteriores había llegado a una ruina de lo más miserable; los trienales, que lo ocupaban desde hacía treinta años, lo estaban reparando también de modo admirable”¹⁰. Esta cita de Bronseval nos permite llegar a ciertas conclusiones:

1ª. En 1532 Carracedo llevaba treinta años eligiendo trienales; luego Bronseval cuenta desde el momento en que el cenobio solicitó de Roma su incorporación a la Congregación reformada de Castilla, hecho acontecido en 1501; no cuenta Bronseval desde la respuesta de Julio II en 1505.

2ª. El móvil inmediato para asumir la reforma de Castilla fue la postración espiritual y económica bajo los abades comendatarios, hecho reconocido por la comitiva francesa de Claraval. Contra tal postración reaccionan los trienales.

3ª. En junio de 1532 estaban ya en marcha las obras de reparación antes citadas, en el claustro, refectorio y escalinata, que estaban siendo “reparados de modo admirable”.

4ª. Incluso los enemigos de la Congregación de Castilla, cual es el caso de la comitiva francesa de Dom Edme, que intenta seguir controlando los cenobios hispanos, reconocen el buen hacer y el éxito de los abades trienales.

En algunos hechos relativos al Bierzo puede rastrearse, tal vez, la huella del abad Esteban de Moreruela. En 1525, fecha de su toma de posesión como abad, Álvaro Pérez Osorio, señor de Priaranza, funda el convento de las monjas concepcionistas de Ponferrada, al lado mismo de la Torre del Reloj con arco homenaje en honor a Carlos V; aún hoy sigue en activo tal convento de clausura. Otro Osorio, Don Pedro, había fundado en 1441 el convento franciscano de Cabeza de Alba cerca de Carracedo y a una legua de Corullón, cuyo castillo señoreaban los Álvarez Osorio. Tal castillo había pertenecido al Temple, brazo armado del Císter, como es sabido. Y dos Osorios habían sido abades comendatarios de Carracedo: el ya citado Álvarez Osorio entre 1375 y 1395, durante cuyas dos décadas de gobierno muchos bienes de la abadía pasaron a manos particulares relacionados con esa poderosa familia. Y Don Luis Osorio, arcediano de Páramo, administró Carracedo durante tres años como comendatario. Pues bien, la casa de Priaranza, muy cerca del castillo templario de Cornatel, había sido posesión del Temple¹¹. Y el Temple, como es notorio, había surgido y crecido a la sombra del Císter. Fray Esteban de Moreruela instó a Álvaro Pérez Osorio a fundar un convento y a olvidar así antiguas apropiaciones indebidas de bienes de Carracedo por parte de los Osorios en tiempos de la encomienda.

El siete de junio de 1532 la comitiva francesa de Dom Edme sale de Medina del Campo, donde estaba la corte regia. Curiosamente ese mismo día, siete de junio, se firma una provisión de Carlos I; en ella se otorgan licencias para realizar las sisas necesarias para llevar a cabo la construcción de un puente sobre el Cúa en Cacabelos, tres kilómetros aguas arriba del monasterio carracetense¹². El diecisiete de junio, al llegar la comitiva francesa a la abadía de Carracedo, no estaban ni el abad ni el prior en el monasterio (“*absente abbate et priore*”, puntualiza Bronseval). Debían encontrarse en la corte resolviendo asuntos referentes al monasterio.

El abad Don Fray Esteban Guerra llevó a cabo notables operaciones financieras. La primera de ellas en 1555 con la venta de San Andrés de Montejos (antiguo *Montelios* o

Monte del Sol). La venta se estipuló en 278.000 maravedíes y el comprador fue el ayuntamiento de Ponferrada. Había entonces en San Andrés de Montejos canteras y grandes bosques, de los que hoy en día nada queda. El móvil de tal operación financiera fue un viejo pleito, iniciado en tiempos de los Reyes Católicos. Curiosamente en su segundo mandato como abad Esteban Guerra llevó a cabo otra importante operación financiera similar. En 1565 la abadía vende Cortiguera, que había sido objeto de un proceso ante la Real Cancillería de Valladolid entre 1524 y 1542. Carracedo ganó el pleito, tras casi cuatro décadas de litigio ante los tribunales. El fallo de la sentencia se produjo el veinticuatro de febrero de 1542 en favor del cenobio. Pero el abad Esteban Guerra necesitaba dinero para continuar las obras, que aún proseguían en claustros y refectorio. Así fue vendida Cortiguera al licenciado Páez, vecino de Villafranca, en la cantidad de 630 ducados. Tales operaciones financieras del abad Esteban Guerra no sólo no parecieron mal a sus superiores y compañeros, sino que incluso le confirieron un aire de prestigio en cuestiones económicas; en consecuencia Esteban Guerra fue elevado al cargo de administrador de Calatrava¹³.

Entre los dos mandatos de Esteban Guerra desempeñó su cargo el abad Don Fray Luis Álvarez de Solís, "sujeto muy lucido y de grandes partes", al decir de Yepes¹⁴. Tras su formación en Moreruela, fue rector del colegio de San Bernardo en Alcalá, el foco cultural más importante del Císter en la España del XVI. De Alcalá pasó a Carracedo en calidad de abad en 1557. Después gobernó Moreruela y luego Sobrado. Llegó a Reformador General de la Congregación de Castilla y en 1571 era prior de Calatrava¹⁵. El Gran Maestre de Calatrava, elegido por los caballeros, era el cargo supremo de esta orden militar. Pero el jefe espiritual era el prior de Calatrava, de nacionalidad francesa hasta el siglo XVI. El hecho de que Luis Álvarez de Solís resultara electo prior de Calatrava pone de relieve su gran prestigio y valía. El último francés en el desempeño de tal cargo fue Dom Nicolás d'Avenne; tras su muerte en 1552, Carlos V solicitó que para tal cargo se nombrase en el futuro a algún español de notable prestigio; y así Calatrava se independizó de sus lazos franceses¹⁶. De igual modo el Císter se fue distanciando e independizando de Claraval, a medida que se acrecentaba el florecimiento de la Congregación de Castilla; pero la ruptura definitiva no llegó hasta 1603; en esta fecha Felipe III niega al abad de Claraval Dom Boucherat el permiso para hacer la visita pastoral regular a los cenobios cistercienses españoles. Más datos sobre Luis Álvarez de Solís, abad de Carracedo y luego prior de Calatrava, pueden verse en un reciente trabajo de Yañez Neira¹⁷.

Don Fray Diego de León fue abad de Carracedo en dos ocasiones, entre 1560-63 y en el trienio 1569-72. Desempeñó en Roma el cargo de Procurador General. Durante su segundo abaciazo tuvo lugar un hecho considerado como milagroso por la tradición popular. Un pastor llamado Antonio Pérez, roció con aceite de enebro la cabeza de la estatua de Alfonso VII; la estatua románica del Emperador acompaña a la del abad Florencio a la entrada de la iglesia de Santa María de Carracedo todavía en la actualidad. Quedó ciego al instante el pastor. Pero recobró la vista, tras su arrepentimiento, cuando acudió descalzo y con una vela en la mano a pedir perdón al benefactor del monasterio. Esto aconteció en 1570. Lo relata Yepes en su *Crónica de la Orden de San Benito* y también José María Quadrado en su célebre obra *Recuerdos y bellezas de España*. Al final de su segundo trienio de gobierno, tuvo lugar el famoso viaje de Ambrosio de Morales por el noroeste peninsular por orden de Felipe II, en búsqueda de reliquias, códices y manuscritos, para así nutrir el monasterio del Escorial. Tal viaje se efectuó en 1572¹⁸.

Ofrece la obra de Morales un leve cuadro del Carracedo de la época; tras citar los privilegios y sellos de este monasterio, al que califica de “uno de los más principales de la orden”, pasa a hablar de las reliquias allí existentes: “tienen muchas reliquias menudas en arquitas de marfil, mas muy confusas”, apunta Morales¹⁹. Cita concretamente restos de San Jerónimo, un peine de la Magdalena y un trocito del *lignum Crucis*. Se refiere también Morales a la Biblioteca carracetense en los siguientes términos: “libros han tenido muchos, y hanlos dado para pergamino viejo; también quedan éstos”. Y cita seguidamente obras de San Gregorio, el *In Apocalysim* de Berengario, la *Historia* de Paulo Diácono, así como obras de Valerio del Bierzo. ¿Qué quiere decir Morales con esa frase “hanlos dado para pergamino viejo?” ¿Hanlos dado, pero a quién? Cabe pensar que tal vez a él, que llevaba órdenes de Felipe II para nutrir los fondos de la biblioteca escurialense.

Dos siglos más tarde, exactamente los días 17, 18 y 19 de junio de 1792 estuvo Jovellanos en el archivo y en la biblioteca del monasterio de Santa María de Carracedo; hace Jovellanos verdaderos elogios en sus diarios, cuando escribe: “buena librería; bastantes libros, pero no llena, y buenos, aunque no en todo”²⁰. En su *Diario*, correspondiente al día 18 de junio, lunes, cita Jovellanos al abad Fray Roberto de Palencia, al archivero Fray Federico Gutiérrez. Cita también a Fray Ambrosio Alonso, “grande anticuario, que murió general del Císter en Palazuelos”. A él le atribuye la autoría del *Tumbo* carracetense.

No nos es posible, hoy por hoy, conocer el contenido de la Biblioteca monacal en el siglo XVI. Pero sí sabemos que hubo allí “muchos” libros, como dice Morales expresamente; sabemos también que eran muy antiguos, ya que sostiene Morales, “hanlos dado para pergamino viejo”. Y sabemos que, a pesar de entregar muchos, probablemente por orden regia para enriquecer los fondos de la Biblioteca del recientemente fundado monasterio del Escorial, sin embargo quedaron allí muchos libros. Morales cita sólo cuatro autores que le llamaron la atención, porque no debían ser muy conocidos en otras bibliotecas: Gregorio, Berengario, Paulo Diácono y Valerio. Dada la gran importancia de la abadía, cabe pensar que albergó varios miles de libros, aunque no estuviese totalmente “llena”, al decir de Jovellanos, a fines del XVIII. Algunos hablan de unos cinco mil libros; pero debieron ser bastantes más en el momento de máximo esplendor, si tenemos en cuenta los siguientes datos:

a) Los franceses quemaron en Carracedo el archivo y muchos libros.

b) Un párroco de Prado y Paradiña se llevó algunos libros.

c) Vecinos de Carracedo y pueblos limítrofes, se quedaron con varios pergaminos para hacer panderetas para así mejor amenizar las fiestas, especialmente el *antroxu* por carnaval.

d) El Señor Flórez de Castro de Valdeorras se llevó cinco carros de bueyes, cargados con sacos y quilmas llenos de libros, que habían sido vendidos a peso en Carracedo. Unas ochenta arrobas de libros se vendieron por 956 reales en León a libreros de ocasión por esta época²¹. Supongo que un precio similar tendrían las arrobas de libros que los secuaces de Mendizábal vendieron al Sr. Flórez.

e) A pesar de todo lo anterior, el 19 de noviembre de 1844 tenía lugar la apertura al público de la Biblioteca Provincial de León, cuyos fondos se nutrieron de las bibliotecas de cenobios desamortizados. Del Bierzo se llevaron a tal fin 7.394 libros, cuyo desglose es el siguiente:

El convento de franciscanos de Cabeza de Alba 584 libros.
El convento benedictino de Vega de Espinareda 329 libros.
El convento de Nuestra Señora de la Peña aportó 96 libros.
El convento de San Francisco de Villafranca 668 libros.
El monasterio de San Pedro de Montes aportó 1.452 libros.
El priorato de Paradela aportó 2 libros.
El monasterio cisterciense de St^a María de Carracedo 4.263 libros²².

Estos datos hablan por sí mismos sobre la importancia cultural, y también económica, en el pasado del Bierzo. En primer lugar Carracedo; en segundo lugar Montes; después Villafranca y a continuación Cabeza de Alba, y luego Espinareda. O dicho de otro modo: primero el cister (Carracedo), luego los benedictinos (Montes y Espinareda) y después los franciscanos (Villafranca y Cabeza de Alba).

Pero resulta que, según Madoz²³, la Biblioteca Provincial de León tenía en 1874 unos 5.563 libros. Y el dato de Madoz es fiable, pues coincide prácticamente con la cifra de los 5.600 libros, que dicha biblioteca tenía en 1875, según datos de su primer director, Álvarez de la Braña²⁴. De ello se deduce que a fines del siglo XIX en la Biblioteca Provincial de León había menos libros de los que se habían llevado del Bierzo; y ello a pesar de que tal Biblioteca provincial se nutrió, sin contar los cenobios bercianos, de una treintena más de conventos amortizados (sólo del monasterio cisterciense de Sandoval se recibieron 3.359 libros). Hay que concluir que muchos de los libros de Carracedo ya no llegaron a los fondos de la Biblioteca Provincial, sino que engrosaron el mercado negro de reventas de libros de ocasión a peso. Poseo fotocopia de la factura de entrega y pago en León de los libros procedentes de Carracedo. Dice así:

“Cuenta que yo, Felipe Escudero, presento a la Comisión Superior Artística de la provincia de León, de los gastos ocasionados en el romaneo, embalaje, conducción y descarga de los libros traídos del convento de Carracedo. Primeramente por los gastos con los mozos que ayudaron en Carracedo en los doce viajes a 6 r(eales)...72 (reales). Por la conducción de 512 3/4 a(rrobas) de libros y de Cantorales a 3 r(eales) a(rroba)...1538 (reales). Por la conducción de nueve cuadros y dos lienzos...80 (reales). Por gratificación a los mozos de esta aduana para descargar y subir los fardos a la biblioteca...55 (reales). Total...1745 (reales). Cuya cantidad de mil setecientos cuarenta y cinco reales he recibido en diferentes veces de manos de D. Antonio Chalanzón, vocal secretario de la citada Junta Artística, y para que conste lo firmo en León a 4 de septiembre de 1842. Felipe Escudero”. (*Documento n° 21. Archivo Histórico Provincial de León. Caja 11.590 del Fondo Miguel Bravo*).

Pero también poseo fotocopia de algunas facturas del mercado negro de libros, donde figuran nombres de miembros de la citada Junta Artística, quienes, al parecer, además de servir a los intereses de los progresistas y liberales desamortizadores, procuraban también de paso engrosar sus bolsillos con un puñado de reales. El Documento n° 11 de la citada caja del mismo anterior Archivo dice así:

“Recibí del Sr. D. Antonio Chalanzón veintisiete r(eales), a saber, veinticuatro por los carros y mozos que trasladaron los libros del Sr. Obispo y Expolio a la

Biblioteca, y tres r(eales) por una carta de Francia para la Biblioteca de León: León, 12 de Noviembre de 1845. Son 27 r(eales). Nicolás Polo”. En este documento se alude claramente a un expolio bibliotecario y a una carta de posibles interesados en los productos de tal expolio. Francia parece el destino de tal producto.

No obstante el lote libresco más notable de nuestra abadía carracetense fue el vendido al Sr. Flórez, a cuyo palacio valdeorrés llegaron cinco carros cargados de libros por valles y veredas²⁵. Allí permanecieron tales libros hasta mediados del siglo XX. Por entonces murió sin descendencia Don Alfonso Flórez; Doña Asunción, su viuda y segunda esposa, donó a diversas personas los viejos libros que le estorbaban en el palacio. Lo mejor de la colección fue a parar a Madrid, donde engrosó los estantes de un ministro de la época, quien envió a un archivero al palacio de los Flórez para seleccionar lo más valioso. Tal selección resultó ardua, pues se prolongó durante varios días. El traslado a Madrid se efectuó en un camión “Pegaso”—¡quién se lo iba a decir al alado caballo mitológico, surgido de las gotas de sangre de la Medusa, una vez truncada su cabeza por la diestra mano de Perseo, nacido de la unión en forma de lluvia de oro entre Zeus y Dánae!—. Mas no hubo entonces, como en tiempos mitológicos, ningún Belerofonte, que en tan gran despropósito, cabalgando a Pegaso atacara y venciera a la Quimera de tres cabezas. Nunca camión ni camionero alguno llevaron a bordo, sin saberlo, tan gran dosis de cultura. Otro lote menor, de solamente unos cien tomos, fue a parar a la casa parroquial de un cura valdeorrés en la década de los sesenta. Muchos de tales libros poseen aún la marca certera de su originaria casa carracetense: “este libro lo leyó Fray tal, en la celda cual del monasterio de Carracedo”.

A otros libros les cupo peor suerte; por no caber en las carretas que partieron hacia León, o en los carros que salían hacia el palacio valdeorrés del Sr. Flórez, fueron lanzados a la huerta monacal; allí sirvieron de suculento abono “cultural” para coles y demás cultivos de la no menos cultivada y culta huerta exmonacal. “Nunca podremos más que imaginar lo que se guardaba en los veintiséis estantes de Santa María de Carracedo, el contenido de la última partida de 537 obras de San Pedro de Montes...”²⁶, exclama mi buen amigo Taurino Burón.

Pero sigamos hablando de los últimos grandes abades en Carracedo en el siglo XVI. Don Fray Luis de Humaña fue elegido abad en 1581. Por entonces estaban ya finalizadas las obras de los claustros, refectorio y biblioteca. Obras que fueron, sin duda, muy importantes, pues en ellas se invirtieron más de medio millón de maravedíes, exactamente 514.250, que procedían en su mayoría de las ventas antes citadas de San Andrés de Montejos y de Cortiguera. En 1574, y de nuevo en 1577, Ponferrada se queja porque los frailes de Carracedo siguen sacando piedra de la cantera de San Andrés de Montejos, a pesar de que ya no era posesión suya tras la aludida venta. Pero Ponferrada no vuelve a quejarse con posterioridad a 1577; luego cabe pensar que hacia esta fecha finalizaron las obras o algo posteriormente.

Ya acabadas las obras interiores, el abad Luis de Humaña emprende el inicio de obras exteriores. Él decidió construir la cerca rodeando la huerta monacal hasta el río Cúa; se trata de una obra de gran envergadura, que llamaba la atención de los visitantes y que aún subsiste hoy día. En el siglo XVIII se reparó de nuevo la cerca y se levantaron otras divisiones internas trayendo piedras del río con 280 carros, con un coste de ocho reales al día cada uno. Se protegían así los conductos y traídas de agua para los riegos, el molino y uso diario del monasterio y sus dependencias. Impulsó notablemente

Luis de Humaña la plantación de frutales y productos hortícolas. Su rebaño se incrementó notablemente y sus ovejas sestateaban incluso muy lejos de los muros monacales. Así se nutría de vitelas y pergaminos el *scriptorium* monacal, que se tornaba más floreciente de día en día. En el orden espiritual el abad Luis de Humaña consiguió de Gregorio XIII en 1584, el privilegio de sacar una alma del purgatorio, a condición de contar con más de diez sacerdotes en la misa correspondiente en cualquiera de los altares de la iglesia de la abadía.

La figura del abad Don Fray Jerónimo de Llamas ha sido recientemente estudiada por Fr. M^a Damián Yáñez Neira²⁷. Debo dar gracias al autor de dicho artículo, quien gentilmente tuvo a bien remitirme tal trabajo. Jerónimo de Llamas se formó desde joven en Carracedo; pese a haber nacido en San Clemente (Cuenca), como relata Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Noua*, era un auténtico hijo de Carracedo y a tal cenobio retornó para pasar los últimos años de su vida. No es de extrañar que, entre las seis obras de arte llevadas a León durante el proceso desamortizador, figure un cuadro intitulado: “Jerónimo de Llamas, predicador de Felipe III”²⁸. Un total de setenta y nueve obras de arte fueron trasladadas a León para iniciar el Museo Provincial tras la desamortización; cabe pensar que el “mercado negro”, surgido entonces con los libros monacales, se repitiese también con las obras de arte, para dar así pábulo y satisfacción a la picaresca española con el enriquecimiento súbito de unos pocos facinerosos. Entre tales obras artísticas cabe destacar veinte del convento de los agustinos de Ponferrada, siete del convento franciscano de Villafranca, 22 de San Pedro de Montes, cuatro del Priorato de Paradela, once del convento de la Peña, y seis obras artísticas de Carracedo, entre ellas, el cuadro que comentamos del abad Jerónimo de Llamas²⁹.

En 1593 Fray Jerónimo de Llamas era nombrado abad; en este cargo destacó tanto por sus virtudes como por su formación cultural y científica. Dos años antes, en 1591, la abadía contaba con cuarenta y dos monjes, lo que revela su gran florecimiento. De pronto Fray Jerónimo de Llamas fue depuesto de su cargo de forma fulminante, sin que nos sea hoy posible saber por qué. Lo encontramos en Madrid, en el recién fundado convento de Santa Ana; allí destacó por su gran fama de predicador y por su sabiduría, pero sintiendo siempre la añoranza por el Bierzo. Pese a ser nombrado “predicador de Felipe III”, retornó a Carracedo, aquejado de un proceso reumático agudo —*grauiter morbo laborauit*—. Falleció en Valderas mientras predicaba un sermón en la cuaresma del año 1611³⁰.

El Manuscrito 714 de la Biblioteca Nacional de Madrid contiene una obra surgida de su pluma. Pero su obra más célebre, citada por Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Noua*, es el *Methodus curationun animarum*, obra impresa en Madrid en 1600 y que contó con ediciones posteriores en Maguncia y Amberes. De tal obra opina Angel Manrique, el mejor conocedor del Císter, que se trata de una obra muy digna de tenerse en cuenta —*opus non contemnendum*—. También escribió Jerónimo de Llamas una *Summa Ecclesiastica* publicada en Bruselas en 1606. Su tratado *Dialogorum libri duo* se perdió, tras las vicisitudes de dispersión de la biblioteca carracetense aquí antes narradas, ya que allí se encontraba el original todavía en el siglo XIX.

Algunos otros trabajos de Fray Jerónimo de Llamas estaban ya listos para ver la luz; pero se perdieron por diversas razones inexcusables; tal aconteció con el *Super quatuor libros Sententiarum*, así como con unos *Anales del Císter*, que tal vez sirvieron de punto de partida para los afamados *Annales Cistercienses* de Angel Manrique, obispo de Badajoz. Las obras de Jerónimo de Llamas, que han logrado subsistir y llegar hasta nosotros, pese a las adversas vicisitudes de los últimos tiempos, bien merecerían un

estudio detallado y postrer publicación. Culturalmente hablando estamos, sin duda, ante el más brillante de los abades de Carracedo, de quien acabamos de reseñar cinco obras escritas en el latín humanístico de aquel siglo XVI de tantas y tan resplandecientes lumberras en la España de aquellos tiempos. Un estudio detallado de Jerónimo de Llamas, sus fuentes, su contenido, su estilo y su lengua, aclararían un capítulo más del Humanismo español, desde el prisma sosegado del retiro cisterciense de Santa María de Carracedo, en el Bierzo, a orillas del Cúa.

Sobre la economía carracetense en estos momentos finales del siglo XVI, cabe pensar que sería ya tan floreciente como lo fue a mediados del XVIII, de cuya fecha poseemos múltiples datos puntuales. Cuatro operarios se ocupaban permanentemente de la huerta del cenobio; en épocas de plantación y recogida se empleaban los que fuesen precisos. La panadería monacal consumía quince fanegas de sal; existía la figura del monje hornero, oficio distinto al de cocinero. Los viñedos del cenobio se extendían por Sorribas, Cacabelos, Narayola, Camponaraya, La Válgoma, Corullón, Vilela y Molinaseca; y también en puntos más lejanos como Valderas, Toro, Ledesma y Valdeorras. Lagares y bodegas tenía la abadía en Sorribas, Campo, Villafranca, Camponaraya, Cacabelos, Toro, Masueco y Valderas³¹. Y la bodega de la abadía, amén de los pellejos, poseía dieciséis cubas, que fueron vendidas durante el trienio liberal a particulares de Villafranca, Cacabelos y Magaz de Abajo³².

Un buen exponente del poderío económico de un monasterio era su botica, así como su nivel de fabricación de pócimas y de consumo extramuros del cenobio. Ello es al mismo tiempo un claro indicio del nivel científico de conocimientos en el campo de la botánica, la farmacología y ciencias naturales por parte de algunos monjes. Sabido es que existían tratados de Medicina como obras de Galeno, el *Corpus Hipocraticum*, tratados de Avicena o de Arnaldo de Vilanova en monasterios importantes y en las escuelas catedralicias de la época, a deducir de sus actales archivos. Múltiples noticias avalan la importancia de los monasterios como centros médicos, veterinarios o farmacológicos. Sólo quiero ofrecer algunos botones de muestra. Por ejemplo, la Tesis Doctoral reciente de Tomás Esteban Rojas, *Hospitales y escuela de medicina de Guadalupe*, Madrid, 1993. Conocidísima es la botica de Silos; pues bien, la Biblioteca de Silos aún guarda hoy un ejemplar del primer tratado farmacológico conocido: el libro de Pedro Andrés Mattioli *Comentarii in IV libros Pedaci Dioscoridis de Medica Materia*, Venecia, 1565³³. El Seminario Diocesano de Valladolid posee en su Biblioteca un ejemplar de la anterior edición de esta obra, la de Estrasburgo en 1529, que lleva por título *P. Dioscoridae Pharmacorum simplicium, rei medicae libri VIII*. Este libro analiza unas 950 substancias; y más de un centenar de fármacos reseñados en esta obra, escrita entre los años 77-79 después de Cristo, siguen hoy en uso. En la Biblioteca diocesana de Valladolid, antes citada, se encuentra también un ejemplar de la obra *Hippocratis Coi medicorum omnium*, aparecida en Salamanca en 1479; aquí se exponen colecciones de dietas y purgantes elaborados a base de extractos de vegetales. También Avicena, el mayor sabio de cuantos escribieron en árabe y persa, era conocido en la Castilla del siglo XVI: un ejemplar del *Liber canonis Medicine, cum castigationibus Andree Belunensis*, aparecido en Venecia en 1527, se encuentra hoy en la Biblioteca del Seminario diocesano de Valladolid. La Biblioteca de la catedral vallisoletana posee un ejemplar del libro de Jano Cornario, traductor de Galeno en el siglo XVI, con el título siguiente: *Comentaria in Galeni libros de compositione pharmacorum libri decem*, Basilea, 1537³⁴. En la Cartuja de Miraflores de Burgos hay un códice del *Herbarum uires* del naturalista y poeta Aemilius Macer, elogiado por Ovidio³⁵. La Real

Colegiata de San Isidoro de León posee un ejemplar de la obra *Macer famosissimus medicus et medicorum speculum*, publicada en Ginebra en 1495³⁶. El archivo de la Catedral de Oviedo posee un ejemplar del *De regimine et conseruatione sanitatis* de Arnaldo de Vilanova en un manuscrito del siglo XV. El famoso médico de Felipe II, Francisco Valles de Covarrubias³⁷, publicó en Alcalá libros diversos sobre Hipócrates y Galeno entre 1556 y 1588. Y en Alcalá estaba el Colegio de San Bernardo, principal foco cultural y científico del Císter en España; desde allí se distribuían publicaciones y novedades librescas a los monasterios de la orden. Alguna de estas obras, u otras similares, tuvieron que ser conocidas en Carracedo; sólo así podría explicarse el auge esplendoroso de su botica. Mas por las vicisitudes sufridas por la Biblioteca carracetense, antes reseñadas, nos ès imposible precisar qué obras hubo en Carracedo sobre ciencias físicas, médicas, veterinarias o farmacológicas. Pero lo que sí es cierto es que la demanda de productos y pócimas de la botica de esta abadía era tan intensa, que hubo necesidad de establecer fuera del recinto monacal una expendeduría boticaria; se trata de un edificio contiguo al monasterio por el lado oeste, qua aún muestran a los turistas. Un siglo más tarde de los tiempos vividos por Jerónimo de Llamas, la botica de la abadía despachaba por un valor de 4.400 reales³⁸.

Poco después de la infausta desamortización que en el pasado siglo asoló, cual campo de batalla, la Biblioteca carracetense, escribió D. Antonio Fernández y Morales su obra *Ensayos poéticos en dialecto berciano*³⁹, en donde cita directa e indirectamente a Carracedo. Pinta Morales a un grupo de mozos y mozas retornando de un magosto entonando al anochecer canciones, que sus madres habían aprendido de los frailes de Carracedo:

“pra casa volven cantando,
élas de tiple, é facendo
éles ín a Atala e Corina
o duo, cancióis q’un tempo
enseñaron á suas madres
os frades de Carracedo”⁴⁰.

Pues bien, en esta misma obra su autor alude también a recetas y pócimas hoticarias, que muy bien podrían ser herencia de la sabiduría de los monjes de Carracedo. Mucho de aquella “sabiduría” monacal había trascendido al dominio de ciertos expertos, que podríamos catalogar hoy como curanderos. Y tal nombre utiliza Morales para hablar del “curandero Turcas”, a quien llamaron los vecinos para curar a Xan Braguñes de las patadas que le propinó su mula. He aquí la receta del tío Turcas:

“..... Orchata de chufas
para uso interno, una azumbre;
sangre de Drago, ninguna;
pues ni es dragón el enfermo,
ni le conviene tal purga.
Agua ras y trementina,
cal viva, pez griega y ruda,
lo que el boticario crea
que basta para la cura

del enfermo. Mézclese
según arte, y luego en una
piel de zorra extiéndase
por igual. Firmado. Turcas³⁴¹.

Y el boticario Quirico, por ocho reales, elaboró la pócima con todos los anteriores ingredientes, citados en el mensaje escrito del curandero Turcas. ¿Dónde aprendió su sapiencia el curandero Don Turcas? Antes de salir los envíos de libros de Carracedo para León hubo robos en dicha Biblioteca. Eso cabe deducir tras la lectura de la primera de las cartas dirigidas a la Comisión de Monumentos de León por el subalterno en Villafranca del Bierzo, encargado de preparar el traslado de libros. En carta de uno de abril de 1842, fechada en Villafranca, Ramón Abanuzza escribe al Presidente de la Comisión Artística de la provincia de León, en los siguientes términos:

“En la tarde de ayer se empaquetaron y fueron entregados al ordinario Felipe Escuredo cinco cajones de libros y un bulto con otros tres de los del coro, unos y otros pertenecientes a la Biblioteca del extinguido Convento de Carracedo y que, pesados con escrupulosidad, dieron el resultado de 40 arrobas y 14 libras. El estado ruinoso en que se encontraba la Biblioteca y el desorden con que están colocados los libros, no me permitieron hacer un recuento de los que contenían los indicados cinco cajones, y menos detenerme a procurar su coordinación. Por lo mismo, no he podido dar recibo al Comandante del partido que me acompañó y que tuvo el disgusto de hallar robada una de las habitaciones contiguas del edificio, que contenía, entre otros efectos, la llave de la Biblioteca, razón por la cual fuere forzoso descerrajar la puerta...”(*Archivo Histórico Provincial de León. Doc. 1º de la Caja 11.590 del Fondo Miguel Bravo*).

De esta carta cabe inferir lo siguiente:

- a) No se encontró la llave de la Biblioteca y hubo que “descerrajar” la puerta, para poder realizar el primer envío a León, cinco cajones con 40 arrobas de libros.
- b) Alguien había entrado antes en la Biblioteca, pues los libros estaban desordenados, de modo que ni fue posible hacer el “recuento”, ni menos establecer una “coordinación” entre dichos libros, según confiesa el autor de la carta.
- c) Los robos posteriores, entre envío y envío a León, fueron ya más fáciles, puesto que la puerta quedó “descerrajada” y sin posterior vigilancia oficial.
- d) No se atreve el autor a confesar que había habido hurtos en la Biblioteca; dice sólo que hubo robos en la sala contigua donde estaba la llave, que no apareció. Pero ¿para qué iba alguien a querer robar la llave de la Biblioteca, si no fuera para utilizarla en su provecho?
- e) El dos de septiembre de 1836 se vendió en pública subasta la casa y huerta del priorato de Camponaraya, posesión hasta entonces de Carracedo. Por diez mil reales se quedó con estos bienes José María Quiñones, marqués de Montevirgen. Y teniendo en cuenta que entre septiembre de 1836 y abril de 1844, fecha de la carta que comentamos, pasaron siete años y medio, hay que concluir que el número de robos posibles en la Biblioteca de Carracedo es incalculable.

Pero hay más cartas de similar tenor en el mismo Archivo y en el mismo cajón. El mismo Ramón Abanuzza firma otra carta el 13 de Abril en Villafranca, anunciando a

León una segunda remesa de libros de Carracedo por un peso de 44 arrobas, en un total de cinco bultos con 145 volúmenes y nueve libros cantorales del coro. En la misma carta pide a León “carros”, pues así el transporte será más fácil. Y en su carta de ocho de julio de 1842 trata de arreglar las cuentas a consecuencia de su última remesa de libros: veinticocho cajones enviados a dos reales el cajón, son 56 reales; más 32 reales al mozo por pesar y empaquetar; más ocho reales por alquiler del caballo; en total pasa a León una factura de 96 reales. Tal es el contenido del Documento nº 20 del aludido cajón del citado Archivo.

Más de un pergamino y más de dos incunables, que guardaban tratados físicos o médicos de la Biblioteca de Carracedo, debieron ir a para a manos de “curanderos”; éstos no siempre debían saber suficiente latín, como para descifrar sus recónditos mensajes, a veces más enrevesados que nudos gordianos. Y hasta algunas personas debieron aprender el oficio hipocrático y sus divinos menesteres con libros de la Biblioteca carracetense o con una colección de recetas de las pócimas y productos de la botica de la abadía. Esa profesión casi secreta, denominada en el Bierzo “bruxa”, abunda todavía mucho por allí. No es de extrañar que el Comandante Antonio Fernández y Morales, que probablemente acompañó a Carracedo al autor de la antes citada carta, exclame:

“Dende q’a elas liberal
quitou os frades, o mundo
cheo de bruxas está.
Quando eu era realista
tiña a bruxería mais
vergoña; de nóite andaba,
pero de día, jamás” (*op. cit.*, p. 348).

Pero evidentemente todo esto habría que demostrarlo con datos y no con meras hipótesis. Sobre la relación entre los médicos del presente y los curanderos del pasado quisiera evocar una cita de Rof Carballo que dice así: “Nadie ha parado mientes en el hecho curioso de la disminución del curanderismo y la milagrería. Ello obedece, en gran parte, a que ha sido sustituido por el gigantesco curanderismo de la industria química, por la superstición del hombre tecnificado, del enfermo de la asistencia técnica, por una nueva magia”⁴².

También sobre la floreciente economía de la abadía carracetense cabe evocar que un siglo después de los tiempos vividos por Jerónimo de Llamas, el rebaño del monasterio de Carracedo poseía ocho bueyes, cinco yeguas, cinco mulas, noventa ovejas, seis cabras, nueve cerdos, sesenta y dos corderos. El rebaño pastaba no sólo en las dehesas del Bierzo bajo, sino también, durante los veranos, en los montes de Balboa, Canteixeira y Fombasallá, cuando los pastos se agostaban en el llano. Había una numerosa cabaña ganadera de Carracedo en los Ancares⁴³. Además las granjas, aunque dependientes de Carracedo, funcionaban como una unidad microeconómica; y así la granja de Cañizo poseía, ya a mediados del XIII, diez bueyes, tres asnos, treinta ovejas y dieciseis cerdos. A su vez, los prioratos, eran, en realidad, pequeños núcleos terratenientes bajo las órdenes de un prior controlado directamente por Carracedo; y así el prior de Camponaraya explotaba cuatro viñas de una extensión de ciento sesenta y seis cuartales. Otros prioratos dependientes de Carracedo eran Dorna, Paradela, Soto, San Vicente, Villaquinte y San Vicencio.

La huerta monacal rodeando el monasterio era rica en berzas, repollos⁴⁴, lechugas, habas, garbanzos y árboles frutales, en especial perales, manzanos, guindos y cerezos. Además de la huerta los monjes explotaban cincuenta y siete cuartales de trigo, ciento sesenta y ocho cuartales de pradería y treinta y dos cuartales de sotos de castaños. Las demás tierras se arrendaban a colonos o eran aforadas. Las rentas se pagaban en especie: trigo, centeno, cebada, vino, pollos, gallinas, cera, manteca, truchas y anguilas especialmente.

En el siglo XVI se tiende a sustituir los foros por arrendamientos, porque los pagos a la abadía resultaban muy insignificantes; debido a las continuas guerras de Carlos V y de Felipe II, también era constante la inflación: una gallina, una fanega de trigo, una cañada de vino y así sucesivamente. Pero a veces, resultaba difícil el cambio de foro a arrendamiento: había que esperar a que el foralista incumpliera el contrato, o bien había que esperar a que se cumpliesen “las tres vidas” estipuladas, generalmente de reyes. Desde 1511 los foros se estipulaban por “el tiempo de sus vidas y de dos generaciones más”, aunque antes habían sido sólo por el tiempo “de sus vidas”. Los foros representaban generalmente un treinta por ciento de la producción durante los seis primeros años; pero después quedaba reducido a un quince por ciento. La figura jurídica del forero llevaba consigo una relación de vasallaje con respecto al monasterio⁴⁵. A cambio los vasallos del cenobio quedaban libres de ser pecheros reales. A fines del XVI, en concepto de foros, la abadía recibía unas cuatrocientas gallinas y casi otras tantas libras de tocino.

Quiero finalizar recordando que entre 1602 y 1608 se sucedieron en el monasterio cisterciense de Armenteira cuatro abades procedentes de Carracedo: Agustín de Angulo, Alonso Cortés, Ambrosio Molina y Tomás Salceda; ello muestra el esplendor de la vida monacal en Carracedo en esta época; incluso se permiten exportar abades, no sólo producir obras literarias, amén de que algunos de sus hijos escalaron puestos y dignidades en la Congregación reformada de Castilla, como vimos, y en la hermana Orden militar de Calatrava.

NOTAS

1. YEPES, A., *Crónica de la orden de San Benito*, Madrid reimpr. de 1960, pág. 415; y añade con cierto tono entre lastimero e irónico: “no les dolía a los abades comendatarios, la hacienda de las casas”.
2. YEPES, A., *op. cit.*, pág. 415; y añade: “así pues todos los abades, que de aquí adelante sucedieren, se ha de entender que no fueron comendatarios, sino de la nueva reformation”.
3. Sobre Martín de Vargas véase: HERRERA, L., *En torno a Martín de Vargas y la Congregación de Castilla*, en *CISTERCIUM*, nº 140 (1975) pp. 283-313.
4. CALERO Y CALERO, F., *Claude de Bronseval. Viaje por España: 1532-1533. (Peregrinatio Hispanica)*, Madrid 1991. Asegura el autor que la encomienda fue “uno de los mayores azotes”, que sufrió la iglesia y los monasterios de la época. Algunos comendatarios empleaban “las rentas del monasterio para hacer la dote de sus hijas”, pág. 43 (Cf. final de nota 8. N. del Editor).
5. *Cartulario de Carracedo*, Archivo Diocesano de Astorga, pág. 63.
6. *Cartulario de Carracedo*, Arch. Dioc. de Astorga: tanquam membra deliberate catenus proposerant, prout nunc proponerant ac unanimiter uoluerant prout uolebat se subscedere et subiicere reformationi, uisitacioni, correptioni ac regularibus obseruantiae..., pág. 63.

7. YEPES, A., *op. cit.*, “es muy conforme a la Regla de San Benito, en la cual el santo patriarca manda que con los abades usemos de esta buena cortesía llamándolos *Dominus* que corresponde al don”, pág. 415.
8. COCHERIL, M., *Bronseval Claude de, Peregrinatio Hispanica. Voyage de Dom Edme de Saulieu, Abbé de Clairvaux en Espagne et au Portugal (1531-1533)*, París, 2 vol., 1970. La edición sigue el Manuscrito 3094 de la Biblioteca Nacional de París. El célebre hispanista Marcel Bataillon convenció a Cocheril para llevar a cabo tal trabajo. (N. del Editor: El trabajo de CALERO y CALERO citado en nota 4, no traduce toda la obra de COCHERIL, sino sólo una parte de ella).
9. CALERO Y CALERO, F., *op. cit.*, pág. 53. Escribe el autor una historia de la Congregación de Castilla, desde que en 1425 la fundara Martín de Vargas por concesión de una bula de Martín V.
10. Per commendas preteritas in miseriam deenerat ruinam, quam triennales illud a XXX annis tenentes mirabiliter reparabant.
11. QUINTANA PRIETO, A., *Temas bercianos*, vol. II, Ponferrada 1983, pág. 23. Puntualiza el autor que Álvaro Pérez Osorio y su mujer Brianda de Quirós eran señores de Priaranza, que había sido plaza del Temple, muy cerca de Cornatel, la antigua Ulver, también del Temple. Sobre la continuidad posterior de los templarios puede verse el libro de DAILLIEZ, L., *L'ordre de Montesa successeur des Templiers*, París 1977. Sobre el tema concreto del Temple en el Bierzo véase NOLLA, A., *Los Templarios en el Bierzo*, Barcelona 1991. Y sobre las posesiones templarias de Cornatel y Corullón puede verse GIL, R., *Lo templario. Estado de la cuestión*, Sabadell 1993.
12. Documento 489 del Archivo Municipal de León.
13. Sobre la orden de Calatrava puede verse el libro de GUTTON, F., *L'ordre de Calatrava*, París 1970.
14. YEPES, A., *op. cit.*, pág. 415.
15. YÁÑEZ NEIRA, D., sobre las dignidades en la orden de Calatrava, véase su artículo en *CISTERCIUM*, (1958) pp. 286 y ss.
16. CALERO Y CALERO, F., *op. cit.*, pág. 61. Y añade que Felipe II decidió en 1563 que él sería quien nombrase a los priores de Calatrava y así lo hizo en 1565 con la oposición del abad francés.
17. YÁÑEZ NEIRA, D., *En el milenario de Carracedo*, en *CISTERCIUM*, XLIII, nº 84 (1991) pp. 23-72; concretamente sobre Álvarez Solís habla en páginas 69 y 70.
18. AMBROSIO DE MORALES, *Viage de Ambrosio de Morales por orden del rey D. Phelipe II a los Reynos de León, Galicia y Principado de Asturias*, Madrid 1765; reimpr. Oviedo 1977, pág. 1.
19. AMBROSIO DE MORALES, *op. cit.*, págs. 169-170.
20. JOVELLANOS, *Diario* correspondiente al día 17 de Junio, domingo, 1972. Y habla luego del archivo, donde pone énfasis en un becerro con “549 documentos, en los cuales hay cosas preciosas para la Historia”, puntualiza.
21. BURÓN, T., *Inventario de libros y obras de arte procedentes de monasterios y conventos afectados por la desamortización en León*, en *ARCHIVOS LEONESES*, 54 (1973) pp. 367-399. En pág. 373 puntualiza que “el mayor desacierto fue la venta de libros a peso...aún se conservan los recibos de algunas partidas de libros que se vendieron al peso”, y ofrece datos al respecto.
22. BURÓN, T., *op. cit.*, pág. 369-70.
23. MADOZ, *Diccionario geográfico*, vol. X, pág. 186.

24. ÁLVAREZ DE LA BRAÑA, R., *Catálogo de la Biblioteca Provincial*, 2 vols., León 1897. Y también del mismo autor *Biblioteca Provincial Legionense, su origen y vicisitudes*, León 1884. (Citados por mi buen amigo Taurino BURÓN en su reseñado artículo, en pág. 370).
25. SAN JOSÉ, F., *Hay que salvar todo lo que se pueda de la Biblioteca de Carracedo*, en *Bierzo-7*, Ponferrada 5-XII-1990, pág. 14, donde habla de "cincuenta carros", cifra que nos parece exagerada.
26. BURÓN, T., *op. cit.*, pág. 372. Y en la misma pág. cita el autor la opinión del primer director de la Biblioteca Prov. de León, cuando señala, hablando de las bibliotecas de cenobios leoneses desamortizados: "si se hubiese salvado la mitad, se necesitaría un local seis veces mayor que el actual".
27. YÁÑEZ NEIRA, D., *En el milenario de Carracedo*, en *CISTERCIUM*, XLIII, nº 84 (1991) pp. 23-72; concretamente alude a Jerónimo de Llamas en págs. 65-69 y en 24 y ss.
28. BURÓN, T., *op. cit.*, pág. 382.
29. BURÓN, T., *op. cit.*, págs. 369-70. Con todo, el mayor expolio artístico se produjo fuera del Bierzo: el monasterio cisterciense de Sandoval proporcionó 78 obras artísticas y Eslonza 49.
30. YÁÑEZ NEIRA, D., *op. cit.*, pág. 69.
31. CAVERO, G., *Vino y viñedo en el Indicador de Carracedo*, en *BIERZO*, (1990) pp. 67-78. (Public. de la Basílica de La Encina, Ponferrada 1990).
32. *A.H.N.*, Libro 4821, Sección Clero.
33. De esta obra existía una edición anterior (la *princeps*, en 1478), aunque el ejemplar de Silos es de la edición de 1565, al que se le añade el breve tratado *De ratione destillandi aquas ex omnibus plantis*. Dioscórides, médico griego del siglo I d.C., apareció en castellano por vez primera traducido por Andrés Laguna en 1555.
34. Galeno nació en Pérgamo el año 131 d.C. Su estudioso Jano Cornario nació en Sajonia en el año 1500. Se estudian aquí los temas siguientes, aportando posibles soluciones a los mismos: 1º Caída del cabello. 2º Dolores de cabeza. 3º Oído y nariz. 4º Los ojos. 5º Contusiones y tumores. 6º La boca. 7º Respiración. 8º Estómago e hígado. 9º Ictericia, disentería, hidropesía, hemorroides, útero, pene. 10º Artritis y nefritis.
35. Aemilius Macer nació en Verona, fue amigo de Virgilio y murió en Asia el año 16 de nuestra era. Es más conocido por su tratado *Ornithogenia*. Macer fue muy utilizado por Arnaldo de Vilanova, así como en el siglo XVI español a través de Arnaldo de Vilanova, cuya obra *Libro de Medicina llamado Macer* se editó en Granada en 1518.
36. Hay un moderno estudio con traducción y notas de esta obra a cargo de CABELLO de la TORRE, P., titulado *El Herbario médico medieval Macer Floridus de la Real Colegiata de San Isidoro de León*, Madrid 1976.
37. Entre otras obras de F. VALLES aparecidas en el siglo XVI cabe citar *Controuersiae*, Alcalá 1556, 1564 y 1583 con ediciones también en Lyon, Venecia y Frankfurt en el XVI y XVII. En Lyon en 1559 apareció de F. VALLES su obra *Claudii Galeni Pergameni de locis patientibus* y poco después en Turín su *De iis quae scripta sunt physice in libris sacris siue de sacra Philosophia liber singularis*. Hay una obra reciente sobre este afamado médico a cargo de LÓPEZ PIÑERO, J.M.-CALERO, F., *Los temas polémicos en la medicina Renacentista: Los controversias de Francisco Valles*, C.S.I.C., Madrid 1988.
38. Archivo Histórico Provincial de León, Documento C-8055.
39. FERNÁNDEZ Y MORALES, A., *Ensayos poéticos en dialecto berciano*, León 1861. Magna obra poética en castellano y en berciano con prólogo del frenólogo Mariano Cubí, personaje

sobre el que escribió una biografía el escritor berciano R. CARNICER titulada *Mariano Cubí, entre la Ciencia y la Magia*, Barcelona, 1969.

40. FERNÁNDEZ Y MORALES, A., *op. cit.*, pág. 210. Por supuesto, está sin realizar un estudio sobre la influencia del monasterio de Carracedo en la música popular berciana, que debió ser importante, como apuntan los versos citados de A.F. y Morales. Pero al margen de esta cita no conozco nada más sobre el particular.

41. FERNÁNDEZ Y MORALES, A., *op. cit.*, pág. 79. Los curanderos de entonces recetaban y obraban, más o menos, como los médicos de ahora; en efecto, Don Turcas da órdenes para que en la botica preparen la pócima por él recetada: “ve en derecbura / a la botica volando / y que vayan despachando...”, pág. 79.

42. ROF CARBALLO, J., *El hombre a prueba*, Madrid 1973, pág. 114. Y habla de “la superstición del hombre tecnificado”, y de una nueva magia disfrazada bajo la capa de la ciencia.

43. BALBOA DE PAZ, J.A., *La alimentación de los monjes de Carracedo*, en *BIERZO*, (public. de la Basílica de la Encina), Ponferrada 1990, pp. 89-103. “...en los Ancares, en cuyos pastizales mantuvo una numerosa cabaña ganadera”, pág. 91. Y cita fueros que hablan de los rebaños de Carracedo en los Ancares en la nota 21 de su artículo en pág. 101.

44. BALBOA DE PAZ, J.A., *op. cit.*, “anualmente se traían de La Coruña y la Bañeza varios millares de plantas y semillas”, pág. 95. En nota posterior, la nº 37, apunta la cifra de 2400 pies de repollo en el año 1788; 8 millares de plantas en 1795, nueve millares en 1796 y otros datos interesantes, en pág. 101.

45. CAVERO, G., *op. cit.* : “La dependencia social del forero se cifra prioritariamente en que pasa a ser vasallo del monasterio”, pág. 70. Y cita varios documentos sobre el particular.